



Fígaro al director de «El Español»

Mariano José de Larra

FÍGARO. Señor director de *El Español*, pido la palabra...

DIRECTOR. ¿Para qué?

FÍGARO. Para rectificar un hecho y hacer una interpelación.

DIRECTOR. El señor Fígaro tiene la palabra para rectificar un hecho y hacer una interpelación.

Señor director de *El Español*: En la primera carta que a mi vuelta del extranjero publiqué di los motivos por que me decidía entonces a escribir en el periódico que usted dirige.

Independiente siempre en mis opiniones, sin pertenecer a ningún partido de los que miserablemente nos dividen, no ambicionando ni de un Ministerio ni de otro ninguna especie de destino, no tratando de figurar por ningún estilo, estoy escribiendo hace años, y no tuve nunca más objeto que el de contribuir en lo poco que pudiese al bien de mi país, tratando de agradar al mayor número posible de lectores; para conseguirlo creí que no debía defender más que la verdad y la razón; creí que debía combatir con las armas que me siento aficionado a manejar cuanto, en mi conciencia, fuese incompleto, malo, injusto o ridículo.

Esta es la razón por que constantemente he formado en las filas de la oposición; no habiendo habido hasta el día un solo Ministerio que haya acertado con nuestro remedio, me he creído obligado a decírselo así claramente a todos. Si yo tuviera alguna importancia política o literaria, tal vez sentaría en este lugar doctrinas o acumularía profesiones de fe. Felizmente no tengo ninguna importancia, y sólo reclamo el derecho que tengo de no hacer cuerpo común con nadie; por eso firmo constantemente mis artículos. Siguiendo este sistema, he

remitido a usted estos días un artículo riéndome de lo que en el día me parece risible, sin cuidarme de si estaba o no en el sentido de su periódico, sea este el que fuere. Este artículo me ha sido devuelto por usted por no hallarse de acuerdo sin duda con sus opiniones; no pudiendo exponerme a escribir otros que tengan igual resultado, usted me permitirá que le interpele, según el uso del día, y le pregunte sencillamente en qué sentido habré de escribir en su periódico para verme impreso: bastante censura nos ponen los Gobiernos a los escritores, sin que se nos añada otra doméstica en nuestro mismo periódico.

Si *El Español* es ministerial, usted me permitirá que sin que se altere en nada el aprecio que le profeso sacuda desde este momento toda mancomunidad de responsabilidad política; y si no lo es, espero que explícitamente me lo manifestará, seguro de que pocas cosas serían para mí más dolorosas que haber de renunciar a las ventajas que su amistad y su periódico me han ofrecido hasta el día.

Además de cuanto llevo expuesto, me permitirá usted, señor director, que para facilitar su respuesta añada que así rehúso pertenecer a un sistema de ministerialismo *quand même*, como rehusaría hacer parte de un periódico de ciega oposición, *quand même*; y para que no se pueda dar a este paso más motivo que el que yo mismo le doy, concluiré diciendo que para mí así el Ministerio Istúriz como el Ministerio Mendizábal, como cuantos le han precedido y le seguirán, no tienen más importancia que la del bien o del mal que puedan hacer a mi patria.

En el Ministerio Mendizábal he criticado cuanto me ha parecido criticable, y de ello no me retracto, cualquiera que sea el partido o la popularidad que pueda tener en su favor y los medios que ponga en práctica en el día para hacer la oposición; lo mismo pienso hacer ahora con el actual, cualquiera que sea la fuerza que como Gobierno tenga en su favor; porque si hay quien puede tener miedo a los alborotos, a las multas o a la cárcel, yo no me siento con miedo a nadie. Y lo mismo pienso hacer con cuantos Ministerios vengan detrás, hasta que tengamos uno perfecto que termine la guerra civil y dé al país las instituciones que en mi sentir reclama; el acierto es, pues, el único medio de hacer cesar mis críticas, porque en cuanto a alabar, no es mi misión; ni creo que merece alabanza el que hace su deber. Por ahí inferirá usted que tengo oficio para rato.

Espero, pues, su respuesta para saber el partido que debo tomar, y sólo me queda que hacer presente a usted que cualquiera que ella sea, tolerante como yo soy con las opiniones de los demás, ni dejaré de respetar las suyas, ni trato con este paso de aventajar mi posición a costa de su periódico.

En el ínterin queda su atento amigo y servidor.

Fígaro

El Español, n.º 205, 23 de mayo de 1836.

Fígaro al Estudiante

Mariano José de Larra

Como no quiero que me llame usted mal criado, señor Estudiante, ni menos ser postrero en cortesanía, me apresuro a contestarle; sea empero la última, si usted es de mi parecer, o la última siquiera en que hablemos uno de otro. Porque, si es usted tan galán como parece, no me dirá sino lisonjas, y por vida mía que me ruborizo. Yo por el contrario no pudiera, alabándole, decirle lisonjas; mis encomios no serían más que justicia, y pareceme desigual la partida para mí. De alabanza en cumplimento, y de fineza en alabanza, vendríamos a enternecernos y llorar, y puedo asegurar a usted que no estoy para llantos. Además no somos diputados, y no tenemos menester todavía de echar mano de esos recursos oratorios. Si lo fuéramos algún día, entonces podríamos a mansalva decir, usted de mí, «mi digno amigo», y yo de usted, «mi tierno compañero», y alabarnos uno a otro sin conciencia, sobre todo si fuésemos enemigos y si tratásemos de sacrificarnos uno a otro en la revolución primera que ocurriese.

Por su firma parece que usted estudia. Hace usted mal, a fe mía. Si lo hace usted por saber, válgame Dios que yo tenía más alto concepto formado de su buen juicio. Aquí no se trata de saber, sino de medrar.

Si lo hace usted por seguir carrera, pardiez que me asombra la determinación. ¿Pues tiene usted más que matricularse en la universidad que a usted peor le parezca, que siempre será la primera que le ocurra, y marcharse luego a la guerra, que es donde en el día se medra, y a los pocos años de andar siguiendo a Gómez, le abonan a usted las campañas por cursos, como está mandado, y queda usted hecho médico o abogado, o lo que a usted más le agrade, y mata usted así dos pájaros de una pedrada? ¿Ni qué carrera quiere usted más lucida, ni que más se asemeje por lo rápida a una carrera de caballo, que la que ya tiene con tan buenos auspicios empezada? ¿Pues no es usted ya periodista? ¿Qué otra cosa han sido hombres que hemos visto llegar al Ministerio y arrellanarse en la silla, como quien llega a la posada y se acuesta?

Apéese usted, santo varón, de esa luna, donde lo ve todo efectivamente al revés, y vea las cosas y los libros en este país, claras aquéllas como yo se las refiero, y claros éstos como generales y oradores.

Empieza usted su carta confesando con raro candor que usted se convence. ¿Está usted en sí? Ha hecho usted bien en irse a la luna, porque aquí, amigo, nadie se convence, y eso que media España anda todo el día ocupada en convencer a la otra media. Sin ir más lejos, ahí tiene usted al gobierno, que son seis nada menos, empeñado en convencernos a todos de que ellos son los únicos que saben mandar, y a los periodistas, que somos más de seiscientos, empeñados en

convencerle de que cualquiera de nosotros lo haría mejor; y ni ellos convencen a nadie, ni nosotros a ellos. En este embrollo, está el mal en que todos queremos ser ministros, y así es imposible que nos convenzamos nunca; para conseguirlo sería preciso dar sillas y no razones, y por eso acabamos tan a menudo a silletazos. Vea usted, pues, lo que hace, que si él es el único que se convence, vendrá usted a parar en que todos le mandemos.

Me echa usted luego en cara que digo una cosa y hago otra; amigo, yo no vivo en la luna, sino en Madrid; digo hoy una cosa para poder hacer otra mañana. ¿De qué diablos le sirve a usted tanto como estudia? Pues si usted desea casarse y le dice a la novia que harán luego mala vida; si necesita dinero y va y dice al que se lo presta que no se lo ha de pagar; si anhela ser diputado y le cuenta a su provincia que no trata de representarla, sino de llegar al poder; si ambiciona ser ministro y le confiesa a la nación que quiere tiranizarla, ¿le parece a usted, señor Estudiante, que llegará jamás por ese sistema a tener ni mujer que le quiera, ni amigo que le preste, ni provincia que le elija, ni secretaría que despachar? ¿A sus ojos de usted no está suficientemente probado todavía que para conseguir hay que decir una cosa antes y hacer otra después? Pues dígame, ¿por dónde han logrado los que en el día tienen? No, sino haga usted lo contrario, y verá cómo le va.

Si usted no sabe más, señor Estudiante, bueno será que siga estudiando, pues, sea dicho en puridad de verdad, veo que no sirve para otra cosa. Y en acabando puede usted pretender una cátedra de humanidades, que dará gozo oírle a usted. Y aun yo que me voy por el otro camino, y que por él llegaré como los demás a ser ministro, prometo a usted con el tiempo dejarle cesante por el ministerio de mi digno cargo en cuanto cumpla veinte años un sobrino mío, que probablemente querrá a esa edad gozar el sueldo de la cátedra de usted, y que será el mejor catedrático del mundo, porque desde pequeñito prometía ser un zote, y le da por la intriga que es un contento, de tal suerte que no sirve, vive Dios, sino para sobrino de ministro, que es precisamente para lo que le crío.

Y con eso queda de usted su afectísimo.

Fígaro

El Mundo, 3 de enero de 1837.

Fígaro a los redactores de «El Mundo»

I

En el mundo mismo, o donde paren

Mariano José de Larra

Madrid, primer mes del primer año del reinado del señor Calatrava I.

Muy señores míos: Los que me vituperan de haber suspendido por espacio de seis largos y pesados meses cierta correspondencia que, cuando Dios quería, alimentaba con mi corresponsal de París, vive Dios que no me conocen si piensan que se me hacía cuesta arriba escribir cartas o que les perdí por acaso la afición. Es todo lo contrario; precisamente es mi comida, y me chupo los dedos tras una carta puesta a tiempo, sobre todo si lo que en ella digo es lo que siento, como suele suceder cuando es la tal carta picante y amostazada; en cuanto a las cartas de ternura y cumplimiento, éstas entran en el número de las cosas que en sociedad se hacen por lograr algo o por no ser menos que los demás en finura y correspondencia; sabido es que éstas se escriben siempre afectando sentimientos que no se abrigan, y empezando: «Ídolo» o «ángel mío», si son de conquista; «Mi querido Fulano», si son de amistad; o «Muy señor mío y mi dueño», si versan sobre interés o negocios, y rematando con aquello de «Tuyo hasta la muerte», «Tu constante amigo» o «Su seguro servidor q.s.m.b.», mentiras tan mentiras que suelen dar risa al que las escribe antes de enviarlas, y risa al que las recibe antes de leerlas.

Dejando a un lado estas últimas, que se parecen a las del juego en los pases y codillos que con ellas se dan, repito que son las cartas mi comida, y que el día que no escribo alguna a alguien, sea quien fuere, exclamo como el buen emperador romano cuando se acostaba sin haber hecho un beneficio: «¡Hoy he perdido el día!». De donde vengo a sacar en conclusión, con harto dolor, que durante los seis meses en que he suspendido mi correspondencia no he perdido malamente más que la friolera de ciento ochenta y dos días y medio cabales, con sus respectivas noches y crepúsculos.

Dado de nuevo al mundo, y devuelto a mis antiguos y saludables hábitos de reírme de todo, por no tener que llorar por todo, claro está que había de volver con mis demás costumbres la afición a mis cartas de mi vida; en cuanto abrí los ojos esta mañana, fue mi primera idea escribir una a mis dignos amigos y compañeros, como diría un diputado, y más, que había por qué. El ignorar dónde ustedes viven no es dificultad para mí, porque tengo en esto más práctica que un cartero; tanto, que no haría nada de más el gobierno, o como se llame, en darme la dirección de Correos. Aunque no fuese mucho hacer dirigirlas mejor y más pronto que suele este establecimiento, con todo, tengo para mí que todavía me había de lucir, y ni había de haber una sola interceptada, ni que dejase de ser leída, una vez escrita, ni menos que fuese devuelta a la lista de los atrasos del mes o de la semana, para yacer olvidada en un poste, como un bando o como un apremio de préstamo forzoso.

En todo caso, me acuerdo de lo que se cuenta de Boerhaave, que habiéndole escrito el emperador de la China consultándole acerca de una dolencia, le puso el sobre: «Al doctor Boerhaave en Europa»; y la carta llegó como si la hubiera traído él mismo.

Imitando este ejemplo, he dicho para mí: en el mundo estamos todos, y en él nos encontraremos; por tanto, no hay como ponerle la dirección «En el Mundo»;

además de que, si he de juzgar del corazón de ustedes por el mío, estoy seguro de que el que nos busque nos encuentra.

Es el motivo de esta carta recordar que no hace muchos días cierto periódico, con cuyo nombre me sucede exactamente lo mismo que a Cervantes con el lugar de Argamasilla, según los más sabios comentadores, echaba en cara a los redactores de *El Mundo* que no diesen la susodicha cara para escribir al público.

Picome esto en extremo, y no quiero dejar pasar la indirectilla sin un regular tapabocas, por eso mismo que hace pocos días que soy redactor y que me tengo por tal cual hombre de mundo.

Ustedes le dieron por el pronto la respuesta que más a sus fines convino, y así sería injusto que me pareciesen mal sus determinaciones, como lo sería que a ustedes no les pareciese bien la que acabo yo de tomar. Porque o somos o no somos libres.

Convengo con las razones que ustedes apuntaron para no dar la cara en sus escritos, y aun yo añadiré otras que me parecen concluyentes, sin querer afirmar por eso que lo sean, pues tengo larga experiencia de haberme parecido en este pícaro mundo muchas cosas lo que realmente no eran. Diré, pues, en abono de ustedes mis razones.

Cuando se escribe, ¿de qué se trata? No me negarán los redactores de aquel periódico que se trata de decir a los demás lo que uno piensa, o por lo menos lo que quiere este uno que los demás crean que piensa. En dando pues el artículo está casi hecho todo, porque ya no falta más sino que lo crean a uno. Si se tratase de dar la cara los redactores, podría reducirse un periódico a una colección de retratos; esto tendría varios inconvenientes: 1.º Que no siendo circunstancia indispensable para ser redactor el ser bonito, el público podría tener muy mal rato viendo ciertas caras. 2.º Que una vez dada la colección de las caras de los que escribiesen en el periódico, o sería cosa de andar mudando todos los días de redactores sólo para que el público viese caras diferentes, o de volver a empezar, y esto se me antoja medianamente pesado, por muy variadas y muy historiadadas que tuviésemos las caras los redactores de *El Mundo*, y por muchas que sean las caras que pueda tener un escritor público. Hay otra prueba más fuerte. Si el negocio del periodismo consistiese más que en el artículo en el nombre del autor, haría más efecto poner una rúbrica en donde se pone el artículo, y Cristo con todos. Nadie sin embargo quedaría muy convencido, y eso más parecería una lista de proscripción que un periódico. Del nombre del autor no se infiere un artículo, pero de un artículo sí se infiere que debe haber autor, porque los artículos generalmente no se escriben ellos a sí mismos.

A pesar de razones tan fuertes, que yo mismo conozco tener ustedes para esconder en estas circunstancias la cara, como si fuera dinero, esta carta se dirige a declararme en estado completo de insubordinación contra lo determinado por mis compañeros, porque sería un dolor que nosotros fuésemos a dar un ejemplo de armonía en un país donde no hay ninguna, o de disciplina donde no la conoce ni la tropa. Esto me puede valer algo con el tiempo, *verbi gratia*, unos galones, o que me fusilen, que de todo hay ejemplares. Por tanto me declaro en *Junta* y hago manifestación de hallarme con respecto a ustedes en circunstancias extraordinarias, como el gobierno respecto de los llamados gobernados.

Yo doy la cara; primero, porque no tengo otra cosa que dar, y creo que hago un don a la patria, pues tal cual es, tampoco tengo otra ni peor ni mejor guardada para un apuro. Yo declino mi nombre como Agamenón. Yo soy *Fígaro*; todo el mundo sabe quién es *Fígaro*, y por si acaso alguien lo ignora, añadiré que *Fígaro* y *Mariano José de Larra* son tan uña y carne como el diputado Argüelles y la Constitución del año 12, y que no se puede herir al uno sin lastimar al otro. Juntos vivimos, juntos escribimos y juntos nos reímos de ustedes, de los demás y de nosotros mismos.

Daremos más señas: escribimos en *El Mundo* cuatro parrafillos mensuales, donde a fuer de barberos podemos hacer la barba a cuatro parroquianos al mes; escribimos en *El Redactor General*, como habrán visto los que le lean por nuestro primer artículo, inserto en su número de ayer; y todavía nos queda tiempo para redactar en *El Español* la sección de teatros y de literatura; todo eso con nuestros correspondientes sueldos y *porqués*, asegurados por contrata, que de eso vivimos, y lo tenemos a mucha honra. Y con la ayuda de Dios y de nuestro pobre ingenio, aún nos ha de quedar vagar para dar al teatro muy en breve algún drama espantable o alguna comedia risible, hijos de *ratos perdidos*, algún folletito de circunstancias, y cualquiera otra tontería que nos ocurra, que no dejará de ocurrirnos. Advirtiéndolo que nunca escribimos sin firmar, con lo cual ni los lectores, ni la ley, si ley hay aquí, tienen que quebrarse la cabeza en averiguar el nombre del que los divierte, o del que se ha de prender.

Tenemos hecha la maleta para la primera remesa de deportación que ocurra, y pedidas cartas de recomendación para las islas adyacentes, aunque no pensamos ir, porque no conspiramos y por otras razones. En cuanto a papeles, como el Gobierno ha tenido la bondad de avisarnos con tiempo que los había de registrar, no hemos dejado más que las cartas amorosas, que habían de ser buen rato para el señor jefe político y para los testigos. Los demás los hemos recogido (inclusas las letras de cambio, porque francamente no nos fiamos), aunque nada tenían de particular; pero como trataban de literatura, y no tenemos a los que prenden por muy versados en la materia, no hemos querido que tomen una apuntación en griego por signos masónicos o de sociedad secreta, algunos sonetos que teníamos hechos a *Filis* por adulaciones a la república u otro bicho semejante, o alguna elegía a la muerte de un amigo por un sermón de difuntos al Estatuto.

Item más, declaramos en toda forma vivir en la calle de Santa Clara, casa número 3, en la cual pensamos seguir viviendo hasta que se hunda; donde se nos puede prender por la mañana, desde las nueve en adelante; y en fin, adonde nos retiramos tarde por la noche y solos los dos, *Fígaro* y dicho *Larra*, *bras dessus*, *bras dessous*, ordinariamente por la calle Mayor.

Y así como los anuncios de los carruajes que salen suelen añadir: «Se admiten arrobos», declaramos que tanto en aquella casa, que está a la disposición de ustedes, como fuera de ella, admitimos anónimos, calumnias, billetes amorosos, cartas de convite, esquelas de entierro, comunicados, desafíos, motines, puñaladas, órdenes de destierro, ministros (esto es, alguaciles, que a los otros no recibimos, aunque en el día todos prenden) y demás, con equidad y a

gusto de los consumidores. De todo lo cual dará razón *Fígaro* en su siguiente carta.

Y no ocurriendo más por hoy, y teniendo que ir a dar una vuelta al Prado a coquetear, o a la calle de la Montera a mentir, que es lo mismo, si el tiempo lo permite, queda muy de ustedes y les besa su mano, como generalmente se dice, y no se siente, su afectísimo.— *Fígaro*, o, por otro nombre, *Mariano José de Larra*.

El Mundo, n.º 210, 27 de diciembre de 1836.

Fígaro a los redactores de El Mundo

II

Mariano José de Larra



Señores redactores: En este momento recibo esa carta que adjunta remito a ustedes para su publicación y contestación, en descargo de la responsabilidad que el que me la escribe me hace con su consulta contraer. Dice así la carta:

Señor Fígaro

Muy señor mío y mi dueño: (Esto estaba de más, porque en el día ya no hay nadie que sea señor ni dueño de nada: sólo por cumplimiento puede pasar.) Soy hombre concienzudo y honrado; no extrañe usted este principio extravagante, ni me llame loco todavía; a causa de esas dos cualidades me ando solo por el mundo, por no encontrar con quien hacer pareja. Soy además habanero; esto no es tan raro, y me sucede un caso

que para mi tranquilidad le tengo de consultar. Ya se acordará usted, señor Fígaro, que en agosto pasado se juró la Constitución de 1812 en esta monarquía, y de que por tercera vez dijimos todos: «Constitución o muerte». Recuerdo este hecho porque como casi nadie la ha observado, pudiera habersele olvidado a usted. Yo soy constitucional, si los hay. Pues a la sazón en que por unanimidad se estaba poniendo el Código en España, me hallaba yo en París, y me venía a Madrid; francamente, me faltaba tiempo para venir a gozar de esa libertad que tan feliz hace al pueblo que la llega a obtener. Pedí mi pasaporte, pero se ocurrió una dificultad. No en las señas particulares, que ninguna tengo si no es la conciencia, en que como he dicho a usted abundo, la cual, aunque es seña mucho más particular que una joroba, no tiene que constar en el pasaporte; ni menos en el fiador, ni en nada de eso, sino es que me dijeron en la embajada que necesitaba indispensablemente una cosa para venir a España. Ocurrióseme si sería carruaje, y dije que ya tenía el asiento tomado, y que si aludían a dineros y camisas, que era lo que el ventero recomendaba a don Quijote para andar por el mundo, dineros y camisas tenía; pero no era eso; dijéronme que era preciso más que camisas y dineros, más todavía que carruaje, «jurar allí la Constitución». Nunca he entendido lo que es jurar un Código; por ahí conocerá usted si soy corto; alegué que yo era muy afecto a la Constitución desde que había visto el mucho provecho que traía a mi país; que en cuanto a jurar, no tenía costumbre de jurar, ni estaba en mis hábitos; añadí que como juraban muchos en falso lo que luego desjuraban, no creía yo que debía eso de tener gran fuerza; por fin, que yo era hombre de bien, como se echaba de ver en mi simpleza, que entre hombres de bien la palabra debía bastar, y que por lo tanto yo no juraría la Constitución, pero que en cambio se contentase el señor ministro, ya que eso parecía hacerle tanta falta, con que yo le diese «palabra de Constitución».

Contestóseme que no estaba la España para pagarse de palabras; que ya muchos la habían engañado con buenas palabras; que aun en lo de los juramentos solía haber sapos y culebras, cuanto más en las palabras; que éstas se las lleva el viento, y que los juramentos es cosa más pesada; que en cuanto a lo de no tener yo hábito de jurar, que lo adquiriese, que alguna vez había de empezar; que no era libre el hombre de tener más hábitos que los que tienen los demás con quienes vive, y en cuanto al escrúpulo de poder jurar en vano, que eso no era cuenta del señor embajador, sino mía, y en ello el día de mañana podría yo hacer como otros lo que más me conviniese. Juré pues en vista de esto, y víneme a España más contento, como quien había hecho una buena acción y había sacado de un apuro a un ministro. No me ocurrió desgracia alguna en el camino, ni yo lo extrañé trayendo el juramento en el cuerpo como yo le traía.

Pero es el caso, señor Fígaro, que en el día me encuentro con que en La Habana no sólo no se ha jurado la Constitución, sino que no se ha debido jurar; que el gobierno, a quien yo tanto respeto, ha mandado que

no se jure, y que los habitantes de la isla de Cuba, que la han jurado, son rebeldes; que parece que la Constitución no es género ultramarino, ni menos un bien absoluto, sino relativo; en una palabra, que es como un sombrero que no viene bien más que a la cabeza para la cual ha sido hecho, y por tanto sólo en la Península puede convenir; que es como si dijéramos: «tal para cual». No me asombra esto, sabiendo que hay vinos que yendo hacia el Mediodía pierden, y viceversa. Así comprendo muy bien que dentro de poco resulte que esté el señor Istúriz emigrado en París por haberse opuesto a la Constitución, y el señor Lorenzo emigrado en los Estados Unidos por haberla jurado. Todo esto está bien, señor Fígaro; pero ¿y mi conciencia? Mi juramento me bulle en el estómago, y me repite desde que he visto estas cosas como comida que se ha indigestado. Si sabiendo que soy habanero, saben que he jurado la Constitución, y me prenden, y me ahorcan, ¿qué hago? Dirá usted: «dejarse enterrar». Eso será con respecto al cuerpo; pero ¿y mi alma? ¿Y la vida eterna? Que no debí jurar es claro; que juré es evidente. ¿Qué hago yo con mi juramento? ¿Dónde lo echo? ¿Repito contra el ministro residente en París, como letra protestada, o tengo que ir a Roma por dispensa?

¿Y no sabía el señor ministro que los habaneros somos a los españoles lo que los escuderos a los caballeros andantes, y las estrecheces y preeminencias de la orden de caballería ni nos alcanzan ni atañen; que para ellos están reservadas las hijas de los alcaides, las princesas y las Constituciones, y para nosotros los moros encantados, los candilazos y los gobiernos absolutos?

Sáqueme usted, señor Fígaro, cuanto antes de estas dudas; cuente que le deberé más que la vida, pues le deberé el honor y mi salvación, y mire que no se pierda mi conciencia, siquiera porque tengo para mí que es la única que ha quedado en todos los dominios que tan felizmente rige y gobierna el señor Calatrava, q.D.g. (como oro en paño), y que tan anchamente recauda el señor Mendizábal (q.D.g.), si algo le queda por haber.

Suyo afectísimo.

El Habanero

Esa es la carta. Ustedes harán lo que les parezca.

Fígaro

El Mundo, n.º 242, 29 de enero de 1837.

Fígaro dado al mundo

Mariano José de Larra

Et resurrexit tertio die.

Pasión según los evangelistas.

En punto a pasiones estoy ¡vive Dios! por la de nuestro Señor Jesucristo: óiganme los que no sean sordos, esto es los que no sean ministros, y quiero ser diputado para estas Cortes y aprobar las medidas desmedidas si no me dan cuantos me lean la razón.

Recorramos las demás pasiones. Si la ambición es algo es en gracia de suponerse que el que llega a mandar a sus semejantes (si el que manda tiene semejantes) les es en mérito y talento superior; por consiguiente en España es preciso ser muy modesto para ser ambicioso.

No quiero hablar de la avaricia. Pasión de ricos. ¿Qué más quisiéramos nosotros que poder ser avaros? Pero para guardar algo es preciso tener algo.

No digo nada de la envidia. Francamente. Mirémonos despacio unos a otros. ¿A quién tener envidia? ¿Qué es ganga aquí? ¿Ser empleado? Un empleado es como camisa de pobre, que tira todo lo más de domingo a jueves. ¿Ser propietario? En España todos tienen su viña a orillas del camino. ¿Tener ejecutorias de nobleza? Es como poseer papel del Estado. ¿Ser liberal? Tal cual, teniendo casa en Canarias... ¿Ser ministro? Es casi mejor ser liberal. ¿Ser escritor? Es mejor ser ministro, como es mejor ser gato que ratón.

En una palabra, es preciso no tener sentido común para tener envidia en España.

Entremos con el amor. Pero ésta no es pasión, que es tontería, y si fuera pasión, sería la que más se pareciera a la de nuestro Señor Jesucristo.

Dejemos en paz las demás pasiones que no hacen a nuestro propósito; yo doy la preferencia a esta última, porque de las demás he oído decir que han llevado a muchos al sepulcro, y si bien la de nuestro Señor Jesucristo no tuvo en eso mejor fin que las otras, le encuentro al menos la ventaja de ser la única de la cual una vez muerto se resucita al tercer día.

Estoy decididamente por aquél género de muerte de que se resucita; para no resucitar no vale la pena de morirse; de suerte que cuando en mi último artículo quedaba en el cementerio, me hallaba precisamente en el mismo caso que aquél de quien se cuenta que, reconvenido porque oía con raras muestras de alegría un sermón de Pasión, respondió: «Es que estoy en el secreto». «¿Qué secreto?» «Toma -repuso-, en que ha de resucitar al tercer día.»

Yo que me conozco, que sé mejor que nadie hasta qué punto soy capaz de vivir en un cementerio, sabía también que había de volver, como mi Divino Maestro, a juzgar a los vivos y a los muertos.

Heme aquí de nuevo saliendo de entre las tumbas, impasible como un muerto; sacando la cabeza por entre las ruinas como un secretario de la Gobernación; impalpable, imprendible, inconfinable, como cuerpo glorioso, y no dándoseme nada por nada, como alma de barbero; vacía debajo del brazo, como tienen la cabeza la mayor parte de las gentes que en vida y en muerte traté, y navaja en mano, buscando barbas que hacer, como tienen el estilo los más de los oradores del día; pásese el sustantivo por adjetivo en la actual confusión de cosas, para que pueda haber juego de palabras, juego inocente en un país donde se juega a la bolsa y a las conspiraciones descubiertas.

Regañón y malhumorado en mi primera vida, dábame al diablo por cualquier cosa; después de mi salida del cementerio, heme ya otro hombre, determinado en lo sucesivo a darme al mundo en lugar de darme al diablo. En mi entender es un error decir que cierra uno el ojo cuando baja a la tumba; el cementerio me ha abierto los míos; convencido de esa verdad, juro a Dios, a fe de Fígaro, que no les deseo a los que nos dirigen otro mal, sino que aprendan más de lo que saben, y ruego a Su Divina Majestad en consecuencia que les haga pasar por unos cuantos años de cementerio. Hombres además tan amigos de la igualdad como de sus discursos parece, y tan desiguales en todo de los demás como de sus actos consta, han menester para igualarse con ellos pasar por ese aprendizaje, si es verdad, como comúnmente se dice, que la muerte lo iguala todo.

Los filósofos cristianos han llamado unánimemente al mundo un valle de lágrimas; a ningún mundo viene más de molde esa lacrimosa y romántica calificación que a éste donde voy a hacer mi entrada, mundo de dolor y de amargura, de fisonomías de Cortes y de comunicados; no se puede dar un paso en él sin tropezar con la triste verdad. Porque ¿qué verdad más triste que un periódico de la oposición?

Según ellos, las almas piadosas debemos creer que estamos en el mundo de paso. ¿A quién podrá cuadrar esta sentencia mejor que a los redactores de este periódico? Si a nosotros aludieron los filósofos al sentar aquella proposición, sin duda quisieron decir que estábamos de paso para Canarias. El padre Almeida asegura que en el mundo no hacemos más que una peregrinación: ¡oh padre perspicaz! Peregrinamos sin duda a las islas adyacentes por medios verdaderamente peregrinos; ni nos falta el palo para seguir nuestro camino; cada día nos dan alguno nuevo y no esperado; no nos falta la calabaza, ni ¿cómo pudiera faltarnos en país donde cada hombre que sale y sube, y se da a luz, sale calabaza? Ni las reliquias en fin, porque ¿qué otra cosa es todo lo que estamos viendo sino reliquias de lo pasado? Y si no tenemos sandalias, hagámonos cargo de que parte de la peregrinación se ha de hacer por mar, y en cambio tenemos zapatos, mientras nos queden treinta y siete reales en el bolsillo propio o en el ajeno. Y zapatos ingleses que no hay sino decir: pies, ¿para qué os quiero sino para estos zapatos? Verdadera peregrinación, durante la cual nunca sabemos dónde nos tomará la noche, si bien nos consta que haremos noche, y, aun en caso

de no tomarnos la noche, todas las demás cosas nos tomarán, incluso las medidas.

Estamos de acuerdo en todo y por todo con el padre Almeida, hasta cuando dice que no es en este mundo donde está la felicidad, verdad que no necesita que se la diga el padre Almeida a quien tiene ojos en la cara; a la salida de este mundo está, venerable padre, y el enigma se ha descubierto, porque saliendo de él como saldremos para Canarias, debemos tener presente que los antiguos llamaban a estas islas las islas afortunadas, es decir, la mansión de la felicidad; así sea, que pronto lo hemos de ver. Hecha nuestra entrada en este miserable mundo, mundo de persecución y de injusticia, mundo de desengaños y de fiscales de imprentas, mundo todo de jueces de hecho, y de denuncias y delaciones, recibamos el bautismo de sangre, primer sacramento que recibe todo cristiano que entra en él, y aguardemos con resignación el sacramento no menos serio de la penitencia que a vuelta de hoja nos espera. Váyase porque *-[pág. 2]-*

tampoco hay otros sacramentos; el de las órdenes no debe dar cuidado a quien como nosotros está dispuesto a no obedecerlas; el de la comunión lo dejamos para otros fieles, en tiempos como éstos en que nos quieren hacer comulgar con ruedas de molino; en cuanto al del matrimonio, bastante infierno tenemos con el señor juez y el fiscal de imprentas, con quienes parece que estamos casados, según lo mal que nos llevamos. Nosotros no nos casamos con nadie, y sólo nos parecemos a las demás gentes del mundo en estar casados con nuestra opinión, bien diferentes en eso de las gentes que gobiernan, que cada día tienen una, verdaderos sectarios en ese punto de la poligamia y de las costumbres de Oriente, por más que a primera vista parezcan personas enteramente desorientadas y que pierden el tino a un dos por tres.

Individuos ya del mundo, saludamos a nuestra entrada a los que en él nos han precedido, y preparados a la lid que nos espera, le consideramos como un circo romano en el cual vamos a luchar con las fieras; no nos parece necesario indicar quiénes son las fieras y quiénes somos nosotros; y vueltos al César, al tirano, es decir, al gobierno, pronunciamos, como los atletas que van a morir, la antigua fórmula de costumbre:

«*Cesar, morituri te salutant*»; es decir, «Ministerio Calatrava, los escritores que vas a desterrar te saludan».

Después de tomada la venia de la autoridad, sólo nos resta quitarnos la montera con desenfado y ofrecer la primera fiera que caiga a la salud del presidente y de toda la concurrencia.

Pero si nosotros caemos, caeremos al menos como hombres de mundo, moriremos cantando como *canarios*, es decir, enjaulados, ya que la suerte quiere que no haya jaulas en España sino para los vivientes de pluma, que no son otra cosa los escritores.

El Mundo, n.º 193, 10 de diciembre de 1836. Firmado: Fígaro.

Fígaro de vuelta

Carta a un su amigo residente en París

Mariano José de Larra

Puesto que ni comisión ni objeto mercantil me llamasen a los países extranjeros, quise visitarlos sólo por gusto, o comodidad, a expensas propias y campando por mi respeto.

Curioso parlante, *Panorama matritense*, «La vuelta de París»

Madrid, 3 de enero de 1836

Se vuelve a España desde París, querido amigo; es cosa probada y, lo que es más, es cosa buena. Ni soy yo solo quien ha llevado a cabo tan ardua empresa. Loco estoy del gozo y del contento. Digan lo que quieran acerca de la superioridad de esos países, la patria es para un español más necesaria que una iglesia; ya sabes que a la vuelta de cada esquina se encuentran todavía una o dos en nuestro país: pues se tropiezan por las calles aún más gentes que han vuelto de París. Por lo que hace a mí, no me queda la menor duda de que estoy de vuelta. Después de darme por ella el parabién, es mi primer cuidado el escribirte.

¿No lo podías creer, eh? ¿A qué has de volver?, decías. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿En qué? Despacio con tantas preguntas.

¿A qué he de volver? A mis antiguas mañas, amigo mío. Te confieso que no lo puedo remediar. ¡Diez meses sin murmurar! ¿Fígaro diez meses sin curiosear los enredos de su barrio, sin hacer la oposición a nadie, sin criticar a cómico viviente, sin probar un buen garbanzo, sin tomar una mediana jícara de legítimo chocolate, ni ver el sol de Castilla? ¿Fígaro diez meses sin divisar una mantilla madrileña, ni una palidez valenciana, ni un solo pie andaluz? ¿Un año casi sin pararse en la Puerta del Sol, ni en otra puerta alguna, embozado en la nube¹, sin ir al café del Príncipe, sin asistir a una sesión del Estamento; diez meses, en fin, sin ver una Real Orden, ni columbrar un prócer? Eso es morir, amigo, la vida que ustedes hacen. ¿Qué a mí tanta ciencia y tanta industria, tanto progreso, tanto teatro y tanto camino de hierro? Hombres hay aquí que tienen ciencia, y la mayor, por cierto: la ciencia del vivir y la de hablar después de vivir; hombres que no pudieron llegar a saber en todo un París cómo ganar un real, y que han hallado en Madrid a un dos por tres con qué pasar una real vida. Y no te figures; no sirviendo y adulando a los demás, sino mandándolos y haciéndose de ellos adular y servir. ¿Qué más ciencia ni qué más industria? Si es por progreso, amigo, esto va que vuela. Si por teatro, ¿dónde más cosas que parezcan lo que realmente no son? ¿Dónde hay nada más parecido a un Gobierno representativo que el que rige felizmente a España en nuestros días? ¿Dónde hay telón que se

parezca más a un árbol, ni cómico que más se asemeje a un príncipe más que lo que se parece un Estatuto a una Constitución? Pues, Dios mediante, han de parecerse aún más. En punto a camino de hierro, ¿de qué otra materia parece hecho el durísimo por donde, a más no poder, venimos caminando desde que salimos ha dos años de La Granja, que todo ese tiempo hemos necesitado para volver otra vez a doña María de Aragón?²

¿*Por qué* me había de volver? Por la misma razón, amigo mío, que de aquí me fui, y por la misma idéntica que me forzó toda mi vida a mudar de continuo casa y domicilio; por la misma que me vio pasar en otros tiempos del *Hablador* a la *Revista*, de la *Revista* al *Observador*, de los periódicos a la escena, de las comedias a las novelas; por esta venturosa organización que para variar me dio naturaleza y que en el número 94 de la *Revista* me hacía escribir:

«La necesidad de viajar y de variar de objetos... logró hacer de mí el ser más veleidoso que ha nacido... Esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque sólo se puede soportar a las gentes los quince primeros días que se las conoce... Si alguna cosa hay que no me canse es el vivir, y si he de decir la verdad, consiste esto en que a fuerza de meditar, he venido a conocer que sólo viviendo podré seguir variando... Nadie, pues, más feliz que yo, porque en cuanto a las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, así me cuido de ellas como de ir a la Meca.»

¿*Para qué*? Para escribir, ahora que la libertad de imprenta anda ya en España en proyecto. ¡Y qué proyecto! Tal y tan bueno, que acerca de él sólo he de escribirte una gran carta, por no caber en ésta los muchos y francos encomios con que le pienso glosar y comentar. Yo, que de Calomarde acá rabio por escribir con libertad, ¿no había de haber vuelto, aunque no hubiera sido sino para echar del cuerpo lo mucho que en estos años se me quedó en él, sin contar con lo mucho con que se quedaron los censores, que rejalgar se les vuelva? Viniera yo cien veces, aunque no fuera sino para hablar y volverme.

¿*Cómo*, me decías, *por dónde, en qué*? A tales preguntas contestara sobradamente la relación de mi viaje si estuviera más despacio. No niego que el *por dónde* me apuraba. El camino de Vizcaya no está para todo el mundo, sobre todo desde que anda por él *un faccioso más*; que aunque no es más que uno, como ha dicho muy bien alguien, debe de ser sin duda tan grande que lo ocupa todo. Bueno era no hace mucho, en defecto de ése, el de Cataluña; pero de poco tiempo a esta parte hay también en él algunos facciosos más y algunas diligencias menos. Bien me decían que el de Olerón era incómodo, pero ¿qué remedio? Volver por Portugal, como había ido, ni era lo más derecho, ni menos para mi carácter versátil; además de que hay países que no son para vistos dos veces, y aunque alguien me incitaba a tomar con el vapor del Mediterráneo la vía de Marsella, Argel, Cádiz y Sevilla, eso de volver a España por Argel más lo tuve yo por pulla, y atrevida, que por consejo razonable.

Víneme, pues, por Olerón, adonde no creí llegar por entre tantos gendarmes como andan por la frontera, defendiendo el paso a los carlistas para la facción. Como yo no tengo traza de príncipe, ni me parezco a don Carlos, ni a don Sebastián, como no traía conmigo ni armamento ni municiones, ni caballos, me costó mucho trabajo introducirme en España.

Los Pirineos, esos montes que no existen desde la Cuádruple Alianza, esas barreras que allanó para siempre entre Francia y España nuestro Ministerio del justo medio, se pasan sin embargo a caballo en un mulo, o, por mejor decir, en compañía de un mulo, a lo cual llaman *diligencia de Zaragoza a Olerón*, sin que yo haya podido dar con la verdadera causa de esta denominación en dos largos días que con dicho mulo viví, solo con él en aquellos vericuetos, considerándole yo a él, y considerándome él a mí. Era tanto el hiel, y tan malo el paso, que no sé decirte quién llevaba a quién.

Posteriormente he oído hablar mucho en el Estamento, y aun por todo Madrid, de aduanas. Hombres eminentes hay que aseguran ser las tales un gran recurso para el Estado, y todos por aquí están creídos, hasta el Gobierno, de que tenemos una en la frontera: se dice que está en Canfranc. Así debe de ser. Lo cierto es que, cuando yo pasé, la tal aduana habría salido a dar una vuelta con el cura y el cirujano del pueblo, porque nunca la vi, ni ella vio jamás mis baúles. Lo que sí vi fue varios carabineros, con quienes contraje relaciones de dinero; pero de peseta en peseta me vi a lo mejor en Madrid, en donde ya no sirve para no ser registrado dar una peseta, sino que es preciso dar dos por ser la capital, y a casa luego con el contrabando. Yo no lo traía casualmente, que lo sentí; pero te juro que el ramo está perfectamente organizado para el que lo quiera traer. Esto te lo digo por si te vienes. Tráete medio París en la maleta, y no vayas a creer al pie de la letra, como yo, que todo está reformado, y que andan todos derechos, aunque lo veas impreso, porque oficio es nuestro imprimir, y no ignoras que los periodistas, el día que no imprimimos, no comemos. De todos modos, hagas uso o no del aviso, bueno es que esto quede entre los dos.

Te acordarás que en principios de agosto remití a la *Revista* un artículo en que, presumiendo a fuer de Fígaro lo que iba a suceder, encomendaba a nuestro buen Gobierno de entonces que se recogiesen con tiempo las riquezas artísticas encerradas en los conventos: imprimiose en efecto, aunque mal parado por algún benigno censor. No habrás olvidado que a pocos días, por una rara coincidencia sin duda, pareció una Real Orden en la *Gaceta* dando providencias en el particular. Parece que se nombraron efectivamente comisionados por aquí y por allí, con sus dietas correspondientes, para la colección y resguardo de aquellos objetos; la cosa se ha llevado tan a punta de lanza, y con tal celo, que yo mismo vi y toqué no muy lejos de Madrid objetos de éstos, que paran en casa de quien los ha querido tomar. Códices viejos, por ejemplo, manuscritos, ediciones raras de obras antiguas y otras bagatelas. ¿Para qué quiere el gobierno esas tonterías? ¡*Librotes de frailes!* ¡*Chucherías de las madres!*

La quinta se ha realizado con entusiasmo indecible; y pues viene a cuento, te he de contar otra cosa que debe influir mucho en el buen espíritu de los pueblos, y en especial de la tropa. En cierto pueblo, no lejos de esta Corte, me hallaba yo casualmente no ha muchos días, cuando acertaron a pasar los quintos que venían de Extremadura. ¡Qué bien se trata a la tropa! ¡Qué bien a esos dignos labradores que dejan su arado para defender nuestros empleos con su sangre! ¡A no estar ya en una época en que se reconoce la dignidad del hombre! ¡Yo mismo vi también a un oficial asentar su mano fuertemente sobre la mejilla de un quinto, y yo vi a un cabo medir a otro con su vara, insignia por cierto militar! Y esto a la faz del

pueblo, y en medio de la plaza pública, y en día de sol claro. Con todo, si ese hombre se insolenta irá al cepo; si deserta, al palo, y si pasa a la facción le llamaremos *caribe*. Ya ves que se van corrigiendo los abusos.

Hace pocos días que se concedió el título de ilustrísimos señores a no sé qué individuos de no sé qué corporación, consejo o tribunal; esto es indiferente; lo que importa es el dictadillo. Estas distinciones hacen gran falta en España; señorías, excelencias, etc., etc.; esto siempre es bueno, porque establece diferencias entre los hombres, que es a lo que vamos. Bien se te alcanza que difícilmente puede tener mérito un hombre mientras todo advenedizo le pueda llamar de *usted*. Esto está en el espíritu de la regeneración que estamos llevando a cabo.

Todavía hay Estamento de Próceres, y tienen sus sesiones corrientes; te lo digo porque me acuerdo que cuando yo estaba en París había llegado a olvidarlo.

En el de procuradores ya se ha contestado al discurso de la Corona; se asegura que para dentro de un par de meses ya podrán reunirse las otras Cortes, quién dice *revisoras*, quién *constituyentes*. Lo primero es lo más general, lo segundo es lo más cierto; pero si en mes y medio sólo se ha votado uno de los proyectos, ¿cuántos más se habrán votado en marzo? Es verdad que se habla mucho. Ya tiene el Gobierno ganado el voto de confianza por unanimidad, como quien dice, porque sólo el señor Pardiñas votó en contra. Por fin habló el señor conde de Toreno por primera vez después de su advenimiento a la oposición; habló como si no hubiera sido ministro. El señor Martínez de la Rosa dijo mil cosas sobre la alquimia y otras bagatelas. Éste habló como si fuera ministro todavía. Y no te digo más porque no lo son ya ni uno ni otro.

Por lo que hace al Gobierno, te sabré decir que hasta ahora caminamos de milagro en milagro. En el Ministerio se cuentan tres personas distintas, pero que en realidad no componen más que un solo ministro verdadero: dicen sus enemigos que no le falta más que hablar; de todas suertes, no se le puede negar a este ministerio que *promete*. ¡Así cumpla! Eso es lo que veremos. Tal cual ha empezado, confieso que si en mi organización cupiera ser alguna vez ministerial, se me había presentado una bonita ocasión; pero ya sabes que nunca pretendí ni obtuve nada de Gobierno alguno, sistema en que pienso vivir por muchos años. Todo lo más a lo que podía extenderse mi ministerialismo, siempre que por alguna casualidad diéramos con un buen Ministerio, sería a alabar lo bueno que hiciera con la misma independencia con que siempre gusté de criticar lo malo.

A propósito, no quisiera que se me olvidase. ¿Querrás creer que a mi llegada a esta Corte me encontré con personas que suponían que mi viaje había sido costado por el Gobierno? Todavía me estoy riendo de la idea. ¿Tú no lo sabías? Ni yo tampoco. Pero en este Madrid todo se sabe. Por otra parte, cuando uno va a París es claro que no puede ser sino con algún empleo, o con fondos del Gobierno. ¿Qué fondos particulares bastarían para llegar a París? Ni yo tengo cara tampoco para ir a París por mi gusto. Esto es claro como la luz del día. ¡Qué penetración! ¡Dios los bendiga!

Mas ya echo de ver que esto es un tanto largo para carta, y un si es no es corto para folleto; a no contarte cosas que parecieran mejor secretas, había de hacer de ello un artículo de periódico, porque es bueno que sepas que, llevado de

mi comeción de escribir y de mi versatilidad, no bien hube llegado a Madrid cuando me eché a buscar un papel público en donde fabricar mi nido para lo que falta de invierno. Queríale grande, empero, y donde cupiese yo todo, que no cabía el año pasado en Madrid; largo, ancho, desahogado, como lo había imaginado mil veces para tanto como tengo aún que decir. Empezábame ya a desesperar, cuando he aquí que de pronto surge de la calle de las Rejas *El Español*, tamaño como por el adjunto verás. Yo, que a imitación del borracho del cuento, aguardaba que pasase mi casa para meterme en ella: «Éste es», exclamé en cuanto le vi «extenderse, crecer, tocar al cielo», y metime de rondón en él, donde quedo, para servirte, imaginando a toda prisa artículos de teatro, literatura y costumbres, maligno un tanto y siempre independiente, mas sin nunca entrometerme en lo de vidas privadas, censurando las cosas, no a los hombres, procurando hermanar con mi poca o mucha hiel el respeto que en sociedad nos debemos los unos a los otros, amigo de mis amigos, y por demás agradecido al público que sufre mis habladurías. He aquí mi profesión de fe. Tuyo siempre.

Fígaro

P.D. A la salida del correo queda hablando en el Estamento de señores procuradores desde ayer el señor Perpiñá; el correo siguiente te diré el fin de la sesión, si ha acabado.

El Español, n.º 66, 5 de enero de 1836.

Fígaro en Lisboa. Adiós a la patria

Último artículo

Mariano José de Larra

¡Costumbres! ¡Otra vez! ¡Costumbres y siempre costumbres! ¿Quién le ha dicho a Fígaro que puede importarle al público madrileño de junio de 1835 ni el bosquejo de sus costumbres que sabe él mejor que el que se las viene a contar, ni las observaciones de sus viajes, ni...? ¡Linda ocasión! ¡Cuando nuestras líneas se retiran sobre el Ebro, cuando la desgracia o el error acumulan sobre esta pobre patria todos los males de la guerra civil, hablarnos de costumbres y de viajes! ¡Si al menos nos renovara algunos de sus artículos mordaces, si tomase como otras veces por tema de sus boletines los descuidos, la mala fe, el atraso, la desconfianza injusta..., si los salpimentase con esas

alusiones políticas, alimento del siglo, del país, que las circunstancias reclaman, y que llenan todas las conversaciones...! ¡Vaya!

No desconozco estas razones; no desecho la ocasión de responder a esos cargos, por si alguno me los hace, y antes ya los hubiera satisfecho, a no ser porque para llevar a cabo esta idea era preciso ocuparse en uno mismo y ocupar en uno a los lectores, y dónde está el hombre que puede, sin riesgo de parecer vano y ridículo, entretener de sí mismo a sus lectores? Pero como al fin alguna vez conviene aclarar cada cual su modo de pensar, de escribir, de proceder, lo haré una por todas, y seré breve.

Cuando empecé la difícil carrera de escritor público, empecé con artículos de costumbres. Era a la sazón Calomarde y todo el mundo sabe en qué términos y hasta dónde le era entonces lícito, posible al escritor rebelarse contra el poder, aludir a la injusticia. A poder de reticencias, haciendo concesiones, podía uno alguna vez ser atrevido; siempre que pude fui más que atrevido, fui temerario, y completé catorce números de un folleto, mitad mío, mitad del Gobierno; entonces el Gobierno escribía por medio de sus censores la mitad de las obras que veían la luz; un folleto de dos ingenios, si se puede llamar ingenio a la censura, si es que ésta puede tener algo de común con aquél.

Los sucesos de La Granja vinieron poco después a alterar la monotonía de nuestra esclavitud y a resucitar todas las esperanzas nuestras. En un largo espacio de tiempo los partidos, asombrados de un suceso que ninguno esperaba, permanecieron uno enfrente de otro, como contemplando la fuerza del enemigo, sin atreverse a acometerse, y como dos perros igualmente faltos de resolución que gruñen por lo bajo anunciando un próximo rompimiento; la falta de ánimo de unos y otros dio lugar a una especie de justo medio que vista la falta de energía de ambos contrincantes se creyó dueño de la mayoría y que empezó a reinar; entonces apareció Cea, y Cea reinó porque nadie se le opuso. La cuestión política estaba reducida entonces a cuestión mera de sucesión, de familia, de nombres propios, y éste fue el objeto del famoso manifiesto. Los absolutistas vieron que habían andado lentos y esperaron la suya; los liberales vieron que habían andado más lentos todavía, y quisieron resarcir ya tarde el tiempo perdido. Nacieron periódicos, pero el garrote antiguo que no había hecho más que pasar de una mano a otra y que antes sólo daba palos a un partido, comenzó a darlos a los dos, y todos callaron y esperaron. Nadie era todavía poderoso en España sino los abusos, y entre ellos los cómicos eran los más poderosos, porque impetraban y lograban reales órdenes para que no se les juzgase. La autoridad, recelosa sin duda de que aquél que empezaba por el teatro podía muy bien acabar por otra cosa, sacrificaba la imprenta a las intrigas de bastidor; y entonces Fígaro, que nació, se hizo un pequeño lugar en los periódicos y acometió el abuso poderoso. Luchó contra las intrigas de bastidor y triunfó. A despecho de las órdenes, se burló de ellas y de los cómicos protegidos.

El partido absolutista creyó de allí a poco ver la suya; sucedió un momento de crisis; un momento en que pudiera haber triunfado, si su jefe hubiera sido hombre, al mismo tiempo que jefe; en aquel momento una de las primeras voces que se oyeron fue la de Fígaro, y bien o mal, como pudo, se aplicó a poner en ridículo al partido renaciente, la fantasma absolutista: a este puntito se había convertido entonces todo el compromiso, todo el peligro; ahí se puso Fígaro, por consiguiente y arrostró el compromiso y el peligro, despreciando el partido de la insurrección: caído el déspota portugués, lanzado su compañero de esperanzas de la península, proclamado el tratado Cuádruple, que entonces fue creído y tenido en *-[fol. 3v]-* algo, parecía ya una cobardía reírse del caído, del desesperanzado, del prófugo. Entonces cesan los artículos de Fígaro contra el pretendiente. Los liberales se reunieron y creyendo ver el mal principal, el error funesto a la patria en el miedo injusto que se les tenía, contemplando

la importuna clemencia, viendo ocuparse en momentos preciosos a su Gobierno del traje de los próceres y negándose a las exigencias de la representación nacional al poder, se creó una oposición, oposición entonces peligrosa, puesto que sucumbieron en ella amigos nuestros, jóvenes de ilustración y hombres injustamente sospechados. Cayeron periódicos, se firmaron destierros. En la oposición, pues, se reasumió todo el peligro, y allí Fígaro, por consiguiente.

Explicada ya la clave de la marcha de Fígaro, ¿quién podrá extrañar que se lance en las costumbres, que se aparte de las alusiones políticas, de los artículos malignos, en el día en que, fuera de su patria por circunstancias particulares y disgustos privados, ningún peligro había para él en escribir contra un partido que impone miedo, o contra el poder desviado a su entender del mejor, del único camino? ¿No sería una cobardía acometer desde París a los poderosos de España? ¿No lo sería mayor acometer a los carlistas? ¿Dónde estaría el peligro? ¿Dónde para Fígaro el compromiso? ¿No sería esto insultar al toro desde la barrera?

He aquí la razón de mi actual moderación: no se le busque otra. No es, pues, que falte materia; y si Fígaro se pudiera creer con alguna importancia, si su voz pudiera tener eco en el punto mismo de donde partiese, largo asunto tendría para esgrimir su pluma en otros gobiernos que en el español: en aliados peores que enemigos; larga materia en hombres que han desconocido las circunstancias, en políticos niños, en hombres del todo inocentes, que han creído poder despedir a los amigos antiguos en obsequio de los nuevos con que contaban, y que han perdido torpemente los unos y los otros. En una palabra, el perro que ha perdido la carne por la sombra de la carne y que preferirá ahora mendigar de puerta en puerta, de casa extraña en casa extraña, a confesar su error, a volver a su familia, a poner en contribución sus verdaderos, sus únicos, sus primeros amigos, los únicos que podían serlo, porque eran los únicos que tenían interés en serlo: que prefieren el desdoro general, y el desaire recibido en común, a su humillación personal. Y en este sentido, si Fígaro entrevé algún peligro para él, si tiene alguna cosa que sacrificar, si puede quejarse de poderosos bajo cuya influencia se halle en el día, escribirá aún algún artículo mordaz antes de soltar la pluma por largo tiempo.

En el ínterin volvamos a nuestros artículos menos importantes.

Escrito en mayo o junio de 1835

2012 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

